

OR.—¿Qué es?

GUA.—(Sin poder hablar del susto).—Nada...

FOR.—¿Pamplinas?

GUA.—Eso, sí, señor... pamplinas...

FOR.—Hale con el público, hale. Que hagan gasto.

(Mutis por la derecha)

GUA.—Sí, señor.—(Acercándose tímidamente a la mesa de Hércules).—¿No le estorbo?

ESCENA SEGUNDA

HÉRCULES y GUADALUPE, solos

HÉR.—No criatura. ¿Quieres tomar algo?

GUA.—No, señor; muchas gracias. Yo no puedo comer a todas horas ni beber, que me hace daño. En otras mesas no hay más remedio que pedir, porque si no el amo se enfada y nos riñe; pero usted es amigo suyo y aquí no gruñirá.

HÉR.—No.

GUA.—Quería pedirle a usted un favor muy grande... Que me recomendara en el teatro.

HÉR.—¿No estás bien aquí?

GUA.—¡Qué voy a estar! ¡Esto es un infierno para una mujer decente!—(Hércules la mira asombrado).—¿Le extraña a usted, verdad?

HÉR.—(Sin estar muy convencido).—No... la vida no tiene lógica ninguna, y me parece muy lógico que no haya lógica en tu estancia aquí.

GUA.—Y desearía marcharme antes de que regresara del pueblo, a donde ha ido de vacaciones, un novio que tengo para casarme.

HÉR.—¿Y el novio para casarse te consiente que vengas a este sitio?

GUA.—No lo sabe, ¡y por nada del mundo querría que me viera aquí al volver!

HÉR.—(Friamente).—Ya trataremos de recomendarte, si...

GUA.—Llevo aquí dos meses... ¡desesperada, señor Hércules, desesperada!

HÉR.—Pues tiempo has tenido para acostumbrarte... o para marcharte.

GUA.—Acostumbrarme, no pude; marcharme, no puedo...

HÉR.—¿Quién se opone?

GUA.—Debo el anticipo, treinta duros que me dieron al contratarme por mediación de Trinidad, que es vecina nuestra y se compadeció de la miseria en que nos veía... y habló por mí. Ganó cinco pesetas... y me descuentan tres por el alquiler del traje.

HÉR.—¡Has hecho una jugada redonda! ¿Y

por qué diantre has venido, si te repugna esto?

GUA.—Porque no sabe una más que la mitad de las cosas, y la otra mitad se aprende cuando ya no tiene remedio. Me contrataron para recitar unos monólogos, y como le tengo una afición muy grande al teatro, acepté contentísima, a ver si salía adelante... Nadie me dijo nada más... y la noche que debuté, al tratar de marcharme para casa, me dijeron que no, que había de ir al público, de mesa en mesa, y que había de bailar, si alguien me sacaba. ¡Protesté!... Me contestaron que devolviera el anticipo... y como lo había gastado, no pude. Lloré... y se echaron a reír llamándome hipócrita y embustera... Alguien, no sé quién, me empujó, y así, a empellones, y secándome las lágrimas para no estar demasiado en ridículo, salí a reír yo también y a cenar y a bailar...

HÉR.—¡Caray... Caray!... Van dos meses. Bueno. ¿Y antes?

GUA.—Encerrada en mi casa. No salía jamás. Y en casa... coser y más coser...

HÉR.—Tú no sabías lo que era esto. Admitido. Pero... ¿y papáito no lo sabe tampoco?

GUA.—No tengo padre... (Pausa)

HÉR.—¿Es mamá la que autoriza estas andanzas?

GUA.—No tengo madre... (Pausa)

HÉR.—No tienes...

GUA.—Murió también. Hará cuatro años en Junio...

HÉR.—¡Caray!

GUA.—No tengo a nadie...

HÉR.—¿Hermanos?

GUA.—No.

HÉR.—Tíos o...

GUA.—No. Nadie. No tengo a nadie... Dos hermanitas, más pequeñas, y he de ampararlas yo...

¿Comprende usted?... ¡Las amparo yo!... Y así las tres vivimos tan desamparadas en el mundo...

HÉR.—¡Caray!... ¡Caray!

GUA.—Yo aún pude recibir educación y fui a colegios hasta los quince años...

pero las otras... ¡pobrecitas!, vino la muerte, se llevó las llaves del arca y nos quedamos con el día y la noche...

y una orfandad de cuarenta y siete pesetas..., que llega para poder decir que no estamos en

medio de la calle.

HÉR.—¿Y cómo no has reflexionado todo eso antes de venir aquí?

GUA.—(*Sonriendo tristemente*).—Tiene usted razón...

HÉR.—¡No! ¡No tengo razón! El que da consejos para las cosas que ya están hechas es un gznápiro de tomo y lomo, que demuestra no tener sentido común. Por lo tanto yo soy un grandísimo gznápiro, un grandísimo zote. y un gradísimo zopenco.

GUA.—(*Sonriendo*).—No, señor; no, señor.

HÉR.—¡No me contradigas ahora que estoy en un momento de expansión y de sinceridad!

GUA.—Lo que usted quiera...

HÉR.—Mira, criatura: no te recomiendo porque la carabina de Ambrosio y yo somos dos carabinas; pero le hablaré a Román Barradas.

GUA.—¿Al autor de esas comedias tan preciosas?

HÉR.—A ese, o, como dicen algunos de sus compañeros cuando hablan de lo que cobra: ¡A esel ¡A esel!

GUA.—Dios se lo pagará a usted...

HÉR.—(*Levantándose*).—Y te prometo, a fe de Roque Jiménez—llamado Hércules por mis proezas...—toda la vida sin un céntimo... y duro que veo... ¡duro con él!... Bueno; no es ocasión de contarte mi historia. Te la debo. Y juro por

mis ocho hijos—uno cada año de matrimonio, que la mujer me salió generosa—, juro que le hablaré a Barradas con verdadero interés, y como él es muy bueno, él te recomendará de veras. En el salón ha de estar. Voy a ver si lo pesco.

GUA.—¡Dios se lo pagará!...—(*Cogiéndole*).—¡Y usted no sabe la alegría que me deja con sus palabras! Voy tan a ciegas por la vida, que este rayito de esperanza es para mí como una luz, como una hoguera, como un sol... y ya me digo a mí misma: ¡Anda confiada, Guadalupe, anda, que ahora siquiera vas a ver el camino por donde andes!...

HÉR.—(*Abrazándola bruscamente*).—Eran ocho hijos. Bueno. Son nueve...—(*Desprendiéndose también bruscamente*).—¡A buscarle voy!

(*Mutis por la izquierda. Guadalupe le mira ir, sonriendo, y mutis por la izquierda.*)

ESCENAS LIGADAS

FORRAGUEIRA sale por la derecha y sigue escribiendo.

INS.—(*Por la derecha*).—Buenas...

FOR.—Buenas, señor inspector. ¿Tomamos café y una copita?

INS.—No, gracias. Me dijeron que anoche hubo gente hasta la madrugada.

FOR.—Unos guasones que la cogieron de plomo y nos vimos negros para echarlos. ¿Coñac... Benedictino?

INS.—Nada, gracias.

FOR.—¡Hombre!

(Lola entra por la izquierda y se acerca.)

INS.—¡Ojo a caer en falta, señor Bruno!

FOR.—No hay cuidado. A las dos se cierra. ¿Quiere probar una crema de cacao muy rica?

INS.—Venga la crema por no desairar.

FOR.—Quien dice a las dos, dice a las dos y cuarto.

INS.—Phiss...

FOR.—Dos y media lo más.

INS.—¡Ojo, señor Bruno, ojo! Que yo he de cumplir mi deber, y mi deber es de...

FOR.—Ya lo sé. ¿De cacao, verdad?

INS.—De cacao.

FOR.—Anda, Lolita, pídelo.

LOLA.—Bueno.

(Mutis por la derecha. El camarero traerá las copas para el Inspector y para Forraqueira.)

MEL.—*(Por la izquierda.)*—¿Sabe usted que no encuentro a la María?

FOR.—Pues encuentre usted otra... que hay de sobra.

MEL.—Más le vale que no venga, porque en cuanto la tropiece le voy a dar dos patadas.

FOR.—Bien hecho. Que aprendan a considerar a los hombres.

MEL.—Mándeme dos botellas del seco.

FOR.—Lola...

(Lola, que vuelve por la derecha, se acerca.)

MEL.—*(Riendo.)*—Hay que ahogar las penas, Lolilla.

INS.—*(Aparte a Forraqueira.)*—Y hay que ahogarlos a estos.

FOR.—Uno de los guasas de anoche... ¡Lola, cuatro champagne seco para el señor!

MEL.—Dos.

FOR.—Sobrando se devuelven, y no hay nada perdido. Pero con usted no sobra jamás.

MEL.—Dos botellas están ya en el cuerpo.

FOR.—Y como si hubiera una gota. ¡Es mucho hombre este don Melchor!

MEL.—*(Riendo.)*—Algo se resiste don Bruno.

Que lleven las cuatro, y ven tú a probarlo, Lola.

LOLA.—Con mucho gusto.

(Mutis por la derecha y luego sale, y mutis por la izquierda.)

MEL.—Pues dicho.

(Mutis por la izquierda.)

FOR.—Se pone como una cuba, y le da por pegar y por romperlo todo; pero como al día siguiente paga sin regatear... ¡que rompa, que rompal

INS.—Hay cada señorito...

FOR.—Pocos, desgraciadamente. A mí me convenía que hubiera muchos así.

INS.—Eso ni que decir tiene.

ROMÁN.—(Por la izquierda con Hércules; se sientan.)—Anda, desémbucha el secreto.

HÉR.—¿Te has fijado en una muchacha que dice monólogos?

ROMÁN.—¿La Guadalupe no sé cuántos? ¿Una un poco pavita, que para recitar baja los ojos y levanta las manos?

HÉR.—Esa, sí. Una desgraciada. No tiene padre, ni madre, ni hermanos, ni tíos, ni...

ROMÁN.—¿Y aún se queja?

HÉR.—Se ha encontrado aquí la pobre acorralada, espantada...

ROMÁN.—¿Historia sentimental? Déjala para otro día.

HÉR.—Oye, te lo suplico.

ROMÁN.—(Resignado.)—Oiremos.

(Sigue Hércules hablándole con calor.)

FOR.—Me traen preocupado, lo que se llama preocupado, con un negocio teatral.

INS.—Lo mejor que hay. Con eso vive la mar de gente. Un cuñado mío, el José, tiene dos teatros.

FOR.—¿En Madrid?

INS.—Claro.

FOR.—¿Está contento?

INS.—Muchísimo.

FOR.—¿Y gana?

INS.—¡A ver! Perdiendo no estaría.

FOR.—¿Qué teatros son? ¿Buenos?

INS.—Magníficos: Lara y la Zarzuela.

FOR.—¿Cómo Lara? Su cuñado de usted es empresario de...

INS.—No. Jefe de la claque.

FOR.—¡Hombrel

INS.—Yo creí que usted lo sabía...

ROMÁN.—Sí, sí... Una relación muy interesante y muy lastimosa; pero yo no voy a cargar a

cuestas con una niña que no me importa, ni la conozco siquiera. Sería un desatino.

HÉR.—Quizás. Pero sabiendo que es un desatino, a ciencia cierta de que es un desatino... ¿hay algo más razonable que hacer un desatino por una mujer?

ROMÁN.—Hazlo tú.

HÉR.—Si tuviera valimiento, no vacilaba.

ROMÁN.—Pues yo guardo mi poca influencia para alguien que me interese. Además, no teniendo nada con ella, no quiero que lo digan. La reputación de un hombre se pierde en seguida...

HÉR.—Siento que no hagas esa caridad...

ROMÁN.—¡Estoy ya harto de buenas obras!

HÉR.—No será en el teatro.

ROMÁN.—No. De las otras, de las que obligan a un nuevo favor, y después a otro... y después a otro... y después te dan una coz. ¡Que se las arregle como pueda!

HÉR.—Lo siento... Y esa chiquilla es un caso de estudio. ¡Podría salirte un tipo de mujer superior! Y a tí que te gusta copiar del natural y hacer retratos...

ROMÁN.—¡Eso no!

HÉR.—Más de uno se dió por aludido en tus comedias...

ROMÁN.—Equivocadamente. Claro que del natural debemos copiar, pero sin pretender, ni por asomo, que sean retratos. Lo que pasa es que en la historia de uno hay siempre fragmentos de la historia de todos.

HÉR.—¡Eso sí!

ROMÁN.—En la relación más fantástica y más inverosímil ha de haber noventa y nueve detalles vulgares y corrientes, que le suceden a todo el mundo a diario, y un sólo detalle, el fantástico, que únicamente le sucedió al héroe del cuento. Pero la gente se paga muy gustosa de malicias y tiene una especial complacencia en poner nombres propios. Es injusto..., pero confieso que es más sabroso.

HÉR.—Conformes. ¿Y de la Guadalupe... qué?

ROMÁN.—Que no.

HÉR.—(Contrariado.)—Bien...

FOR.—(Acercándose.)—Una preguntita, ilustré autor. Si yo fuera empresario de un teatro... ¿qué diría usted?

ROMÁN.—Según... Al entrar, desde luego diría: ¡buenas noches!

FOR.—¿Nada más? ¿No sería usted capaz de decirme: Forraqueira, ahí va una obra...?

ROMÁN.—Por de pronto diría solamente:

ahí va Forragueira... ¿Quién sabe do va?

HÉR.—Es que no se plantea bien la cuestión. Después de firmar el arriendo por diez años, de formar la mejor compañía y de poner las comedias de su repertorio... ¿daría usted obra, ilustre autor?

ROMÁN.—Eso ya es otro cantar.

HÉR.—¿Lo ve usted?

FOR.—¿Palabra?

ROMÁN.—En esas condiciones, sí. Palabra.

(*Mutis Forragueira ligero por la derecha.*)

HÉR.—Se ha sentido caballo blanco. Y atrota...

ROMÁN.—¿Qué local es?

HÉR.—¡El que levantan en la Gran Vía!

TRI.—(*Por la izquierda, con Guadalupe.*)—No seas boba. Díselo y que metan en la cárcel a ese granuja.

(*Va a sentarse con Román.*)

GUA.—¿Quiere usted atenderme un momento señor Inspector?

INS.—(*Levantándose.*)—Sí mocita. ¡Pues poco que me gustas tú para no atenderte!

GUA.—Muchas gracias. ¿Usted conoce al Andrés?

INS.—¿Al que se sienta ahí todas las noches y

no habla más que contigo? Lo tengo filado, sí.

GUA.—Ese... que se ha propuesto que a la fuerza he de salir con él, y como yo no puedo ¡ni quiero! ha dicho que me va a cortar la cara esta noche misma.

INS.—Ya será algo menos. Por de pronto hoy te acompaño yo... ¡y veremos si se acerca!

GUA.—Le agradeceré a usted mucho, muchísimo, que haga usted el favor de acompañarme hasta mi casa.

INS.—Y subo.

GUA.—Eso no...

INS.—Muy a gusto, mujer.

GUA.—Es posible... ¡pero no!

INS.—¿Vas a despreciar?

GUA.—No es desprecio; es que en mi casa no ha entrado ni entra nadie.

INS.—¡Anda con lo que sales ahora!

GUA.—¡Ahora y siempre, porque se puede llevar la frente muy alta, señor Inspector!

INS.—No hay para qué engallarse, mocita... ¡pero algunas cosas no están en el buen orden de las cosas! En los altares, justo es que se coloquen santas, pero en los *Kursales* y en los *Edenes* no se ha visto eso jamás.

GUA.—Pues en mí se ve...

INS.—Bueno, bueno, tú sabrás... y tú te las compondrás.

GUA.—¿Ya no viene usted conmigo?

INS.—Quiá. ¡No sería primada que digamos el buscarse un desavío en tonto!

GUA.—Pero si yo acudo a usted denunciándolo...

INS.—A la Delegación con la denuncia, que no pasando algo serio, nosotros no tenemos para qué mezclarnos en chinchorrerías y en miedos de mujeres.

GUA.—Bien, bien...

INS.—¿De escolta?... Tendría que ver el caso...

GUA.—Dispense usted...

(Marcha a sentarse en una esquina.)

INS.—No hay de qué dispensar.

HÉR.—Mírala, hombres...

ROMÁN.—Es muy simpática, sí.

HÉR.—Recomiéndala, Román.

ROMÁN.—No te pongas posma, Hércules.

TRI.—¡Guadalupe... ven aquí, mujer!

(Guadalupe va.)

INS.—*(A Forrageira)*—Es de órdago.

FOR.—*(Que sale por la derecha con una botella en cada mano.)*—¿El champagne?

INS.—La moza aquella. No la Trinidad, la otra. Viene a decirme que el sinvergüenza ese del Andrés la amenazó, y me pide que la acompañe yo hasta la puerta de su casa de ella... ¡para despedirme allí! ¿Le parece a usted que eso es de recibo?

FOR.—No. Eso es de despedida.

INS.—¿Y está bien?

FOR.—Está mal. Cuando se pide un favor es porque se ha de corresponder con otro.

INS.—¡A ver si no!...

FOR.—De todas maneras, y aunque la chiquilla sea un poco frenética de más...

INS.—¿Frenética?

FOR.—De orgullosa. No deje usted de echar una mirada por si acaso... ¡no le vayan a dar un disgusto grande!

INS.—Estaremos al aviso... por usted, no por ella.

(Mutis por la izquierda.)

FOR.—Muchas gracias. *(Llamándola.)* Guadalupe! ¿Es verdad que te amenazaron y que tienes miedo?

GUA.—¡No lo he de tener si a las tres de la mañana voy a irme sola por esas calles del demonio!

FOR.—¿Y es verdad que le propusistes al Inspector que fuera a acompañarte y se volviera con un mico?

GUA.—Con un mico, no, señor.

FOR.—¿Pero tú eres tonta de remate, o sales ahora del Limbo?

GUA.—¿Tiené razón el señor Inspector?

FOR.—Por encima de la punta de los pelos. O no lo llames o no te asustes.

GUA.—Pero yo soy una mujer decen...

FOR.—Pamplinas.

GUA.—Pamplinas puede que sean. ¡Pero también es mala ley de las mujeres que no podamos andar sino cayendo, y que si no cede una a quien la amenaza, no tenga más remedio que ceder a quien la defiendal

FOR.—Naturalmente. ¿Por qué te van a defender gratis?

GUA.—Eso es un egcísmo cruel.

FOR.—¿Y lo tuyo qué es?

GUA.—¿Egoista yo? ¿En qué?

FOR.—¡Pues apenas! Tú le pides a un hombre, que no es nada tuyo, ni padre, ni novio, ni amigo... nada... que te acompañe, que te defienda y que se juegue la vida si el otro es un mala sangre y tira de navaja o de revólver. ¿No es eso

lo que le pides? Y después que se lance a eso, tú le vas a decir: yo... yo no tengo más que mi persona...; pero de mí no me pida usted nada, que mi persona no se hizo para usted.

GUA.—Ya veo que el ser mujer es imperdonable.

FOR.—Siendo guapa, no.

GUA.—Y eso, el agradar un poco, aún tiene menos perdón todavía.

FOR.—Pamplinas.

GUA.—Pamplinas, sí. La pobre bestia, tirando del carro a palos, el pobre pájaro, que lo cazan a tiros, y la pobre mujer, que la persiguen con brutalidades...; cuando se quejan, cada uno a su modo y cada uno de su dolor, no son más que pamplinas. ¡Es verdad!

FOR.—La verdad es que tú no sirves para esto.

GUA.—No sirvo, no. Pero no me diga usted con desprecio lo que es una grandísima alabanza, que jamás me hicieron elogio tan cabal como el decirme que para esta vida de escándalo y de vergüenza yo no sirvo. ¡¡Muchas gracias, don Bruno, muchas gracias!!

FOR.—Está visto. Cambia el traje, liquidadas las cuentas, lárgate y no vuelvas.

GUA.—¡Qué bueno es usted!

FOR.—Bueno. Y largo.

GUA.—Ahora mismo, ahora mismo, ahora mismo.

(Mutis por la derecha).

FOR.—(Dejando en la mesa de Román las botellas).—Fieritas, fieritas... pero yo sé cómo se amansan.

ROMÁN.—¿Con dinero?

FOR.—Sí, señor, pero no dado a tontas y a locas.

ROMÁN.—Pues son las únicas que lo admiten.

FOR.—Quiero decir que también tiene sus dificultades el dar dinero con oportunidad.

HÉR.—¡¡Sacrilégio, horrendo sacrilegió!! Un billete de mil pesetas...—corren rumores de que los hay...—côntiene ya en sí mismo la esencia de la suma oportunidad.

ROMÁN.—¿Y esas armas, Forragueira?

FOR.—Para nosotros, que vamos a brindar por la primera comedia que estrene don Román en mi teatro.

ROMÁN.—¿Se lanza usted?

FOR.—Por completo e inmediatamente, que yo soy antifotogénico para las vacilaciones.

HÉR.—¿Cómo es usted?

FOR.—Contrario. La luz verde, de los árboles, por ejemplo, es antifotogénica para la fotografía. Bueno, pues mi carácter es antifotogénico para las vacilaciones.

ROMÁN.—Exactamente.

FOR.—Bebamos. No. Otra idea.

ROMÁN.—Repleto siempre...

FOR.—Hay, hay. ¿Cenamos juntos y se charla de los planes futuros?

ROMÁN.—Yo cenar no, por que...

HÉR.—(Indignado.)—¡Calla, desdichado! No le coartes sus nobilísimas iniciativas. Cenaremos, Forragueira das Pampas, cenaremos.

FOR.—A ver qué les pide el cuerpo.

HÉR.—No sea usted temerario...

FOR.—¡Qué importa! ¿Una omelette a las finas hierbas?

HÉR.—No. Al fino jamón... si a ustedes les es igual. Yo tengo mis convicciones sobre la hierba.

FOR.—Bien. Luego un pescado.

HÉR.—(Gozoso.)—¿Langosta?

FOR.—Bueno.

HÉR.—¡¡Gracias, Dios míó!! ¡Y gracias Forragueira! Ahora va a ver ese simpático crustáceo lo que es un hombre! Siga, siga.

FOR.—Después unos fiambres.

HÉR.—Mas después... si a usted le parece...
¿una entrecotita, Forraqueira?

FOR.—Sí, hombre, sí.

HÉR.—¿Y postres?

FOR.—Claro.

HÉR.—Variados, ¿verdad?

FOR.—Pídelo tú, Trinidad. Y una garrafa para
helar el vino.

TRI.—Allá voy.

FOR.—Anda, y cenarás con nosotros.

TRI.—Muchas gracias, don Bruno.

*(Mutis por lo derecha, vol-
viendo pronto.)*

ROMÁN.—¡Bien, Hércules!

HÉR.—Ahora verás una de las proezas que me
valieron el remoquete. Los que tenéis el vicio de
comer todos los días abundantemente no os
imagináis las inefables delicias de un convite.
Comer... y de balde. ¡Dos poemas, Román!

FOR.—Sobre todo con langosta, ¿eh?

HÉR.—El manjar por excelencia. Si llega a ser
pecado, no habría nada en el mundo comparable.

FOR.—Discutamos el negocio. Con usted
cuento. ¿Qué más autores busco?

ROMÁN.—A todos, que ninguno en particular
tenemos hipotecado el éxito.

FOR.—¿A Cifuentes?

ROMÁN.—Indiscutible. Un gran autor.

HÉR.—Hermida Ponte.

ROMÁN.—También, conoce todos los recursos
del teatro. Si, por casualidad, conociera algo el
idioma castellano, sería admirable.

FOR.—¿Y Perico Cerro?

ROMÁN.—También. De ese cuente usted ya
seguramente con una comedia nueva... arreglada
de cualquier comedia vieja.

HÉR.—Y Santiago López.

ROMÁN.—A todos, a todos. Y después de
dos o tres éxitos, a cualquiera. Lo temeroso es
el estrenar después de unos cuantos fracasos,
porque el público va predispuesto en contra—
va antifotogénico...—pero después de un gran
triunfo de otro autor, yo no tengo miedo ningun-
o, porque ya comprenden que todos los días
no salen perfecciones, y nos disculpan y nos
aplauden con exceso de indulgencia.

FOR.—Y de cómicos, ¿qué me aconseja?

ROMÁN.—No me atrevo a decir nada, estando
uno delante.

HÉR.—Por mí, dí lo que quieras.

ROMÁN.—No es cortedad, es delicadeza... pa-
ra no quitarte la ocasión de hablar mal de los
compañeros.

HÉR.—Delicadísimo, sí, delicadísimo. Yo los encuentro a todos excelentes, a muchos excellentísimos, y opino que ninguna Nación puede vanagloriarse de tener tantos y tan buenos cómicos como España.

ROMÁN.—Es cierto... pero te preguntan sólo por los del teatro.

HÉR.—A ellos me refería. Ahora que...

ROMÁN.—Toma aliento... ¡y arremetel!

HÉR.—Nada que no esté muy sabido. Que somos díscolos, y que en vez de la fraternidad que debiera existir entre todos, nos llevamos como perros y gatos... ¡un dolor!

FOR.—Histerismo no, Hércules. Nombres para formar, nombres. ¿La Valsobre?

HÉR.—Sí, una ingenua admirable, como ninguna. Hay que ver también que lleva cuarenta y tantos años haciendo esos papeles, y los domina.

ROMÁN.—La Consuelito Seijas.

HÉR.—Esa conviene. Es buena, de verdad.

ROMÁN.—Hay que contratar al marido... pero el marido también es muy útil para recados.

HÉR.—Y Paco Iglesias.

ROMÁN.—El mejor galán joven. Tiene diez levitas de color y sabe abrazar a las mujeres en escena de doce maneras... En todos los pueblos

inspira alguna pasión. A la tercera levita marrón... o al cuarto chaleco de fantasía... ¡billetito perfumado! ¡mujer local! ¡perdiz muerta!

FOR.—¿Y es caro?

HÉR.—No. Cuatro o cinco durillos.

FOR.—(Espantado.)—¿Diarios?

HÉR.—Anuales. ¿Pero qué idea tiene usted de los sueldos, Forrageira?

LOLA.—(Por la izquierda, corriendo.)—¡¡Que no me da la gana, eall!

FOR.—¿Qué pasa?

LOLA.—El pelmazo ese de las botellas.

FOR.—¿Melchor?

LOLA.—Sí, el rey mago ese, que se ha puesto como un odre y le ha dado la gracia por querer echarme una botella de champagne en el escote.

ROMÁN.—Sí que es una gracia...

MEL.—(Por la izquierda, con una botella en la mano, tambaleándose y hablando pesado.)—He dicho que le doy diez duros.

LOLA.—¡Se los da usted a su abuela!

ROMÁN.—Dejad la familia quieta...

MEL.—¿Quieres quince?

LOLA.—Es que no me da la gana. ¿Te enteras?

MEL.—¡Pues te doy un botellazo en la cabeza...!

32839

FOR.—¡Eh, eh...! ¿Qué es eso?

MEL.—¡Qué a mí no me falta ninguna mujer...!

FOR.—Comprenda usted que no tienen obligación de aguantar esas bromas.

MEL.—Tienen obligación, porque pago. Y le doy quince duros.

HÉR.—¿Me los quiere usted dar a mí?

MEL.—Ha de ser a esa mujer preciosa...

LOLA.—¡Ya se está poniéndome la boca con bilis y a ese tío borracho le marco yo los cinco dedos en la cara!

MEL.—¿A mí...? ¿A mí un chucho como tú?

LOLA.—(Arrancándose.)—Oiga usted, so lipi...

FOR.—¡Eh, eh, eh...!

TRI.—(Cogiendo a Lola.)—Márchate.

LOLA.—¡¿Qué se habrá creído ese limpia barro?

MEL.—¿Limpia barro yo? ¡Que me dejen!

TRI.—Márchate un momento, mujer...

LOLA.—Anda y que le den morcilla...

(*Matis por la izquierda, llevada por Trinidad, que vuelve y se sienta.*)

MEL.—¿Morcilla a mí? ¿Quién?

LOLA.—Los perreros.

MEL.—(Forcejeando.)—¡Que me dejen...! ¡Que me dejen!

ROMÁN.—No lo dejen, que se cae.

FOR.—Hágame usted el favor de sentarse un poquito con nosotros.

MEL.—Pero suelto, eh, que yo no necesito adadores.

FOR.—Claro que no. Fué para evitar disgustos.

MEL.—Eso bueno. Vamos a sentarnos...—(Por Guadalupe.)—¡Oy qué mujer...! ¡Qué preciosa!

FOR. Sí, muy preciosa.

MEL.—¿Te quieres ganar quince duros...? ¡Veinte duros...! ¿Te quieres ganar veinte duros...?

GUA.—(Vestida modestísimamente de calle.) ¿Cómo?

MEL.—Dejándote echar esta botella.

GUA.—No, señor. Buenas noches todos.

MEL.—(Agarrándola por la esclavina.)—¿Se marcha así la gente?

GUA.—Ya le he dicho a usted que no.

MEL.—¡Pues a mí se me antoja que sí...!

GUA.—(Tirando de la esclavina.)—¡Vamos, sueltel!

MEL.—¿Me ofendes a mí? ¿A mí?

Levanta la botella para pe-

gar. *Guadalupe le empuja y se desprende. Melchor se tambalea. Forraqueira le sujeta.*)

FOR.—¡¡Eh, eh, eh!!!

MEL.—¡¡Que me dejen, que yo no aguanto a una mujer de esa ralea que me ofendall

GUA.—¡¡De ralea yoll

MEL.—¿Y qué eres si no? ¿Qué eres?

(Guadalupe se echa a llorar)

TRI.—*(Que se acercó.)*—¡¡No hagas caso de esa mala bestial! Márchate... márchate... y no llores... no seas tonta...

(La lleva hasta la derecha.)

FOR.—¡Hay que serenarse un poco, eh, don Melchor!

MEL.—A ver si no es paciencia la mía, que cuando un hombre paga...

FOR.—¡Bueno, buenol

HÉR.—*(A Román.)*—¡Recomiéndala, caray! Y que se vea libre de esta vida.

ROMÁN.—No me fastidies con esa cantata, que tú, y lo que veo, y lo que oigo, me traéis asqueado.

HÉR.—Parece mentira en tu bondad, Román, parece mentira...

ROMÁN.—¿Quieres callarte, Hércules?

MEL.—*(Por Trinidad.)*—¡Otra mujer! ¡Qué preciosa! ¿Quieres ganarte?...

FOR.—¡Vaya, se acabó la pega! O se sienta usted tranquilo, o se va usted a la calle.

MEL.—¿Y si no quiero?

FOR.—¡Se va usted lo mismo!

(Se echa a él y pelean.)

TRI.—¡Guardias! ¡Guardias!

ROMÁN.—¡A chillar menos, niña!

HÉR.—*(Corriendo.)*—¡Arree usted firme, don Bruño!

TRI.—¡¡Guardias!!

INS.—¿Que es eso?

LOLA.—¿Qué pasa?

(El camarero, las dos mujeres

y Uno corren y chillan).

GUA.—*(Por la derecha.)*—¡¡Ay madre mía!! ¡¡Ay madre mía de mi alma, que me mataron!!

(Todos corren a ella. Melchor cae al suelo y se va quedando dormido, después de unas vueltas para ponerse cómodo.)

INS.—¡¡A ver!!

GUA.—Aquí... en el cuello.

INS.—¡A ver...! Un rasguño largo, pero sin profundizar. Susto, susto nada más.

FOR.—Pamplinas...

AGE.—(Por la derecha trayendo a Andrés.—
Este mozo ha sido el de la hombrada.

INS.—A la Comisaría con él. (A Guadalupe.)
Y tú también.

GUA.—¡Ay, no!

INS.—(Cogiéndola de un brazo.)—¿Que no?...

GUA.—No me haga pasar la vergüenza de
llevarme, que no pido nada ni reclamo nada.

INS.—Allí lo dirás. ¡Andando!

GUA.—¡Yo iré; yo iré sola!

INS.—¿Para escabullirte? ¿Quién me respon-
de de que te presentas?

GUA.—¡Yol!

INS.—Vaya una garantía...

ROMÁN.—Sentado y que asistió impasible a
todo.)—Pues respondo yo.

INS.—¿Usted, don Román?

ROMÁN.—(Levantándose.)—Yo ¿Basta?

INS.—Sí, señor.

GUA.—¡Dios se lo pague!

HÉR.—(A Román.)—¿Y la recomendarás?

ROMÁN.—Sí.

HÉR.—¿Mañana mismo?

ROMÁN.—Mañana mismo.

HÉR.—(Abrazándolo.)—¡Te reconozco!

OMÁN.—Ven con nosotros. ¿Quiere usted
hacerme el favor de darme el brazo, señorita?

GUA.—¡Dios se lo pague!

Cogiéndose del brazo confia-
da y agradecida).

FOR.—Pamplinas, pamplinas...

Trinidad, que recogió la esclava
de manos del agente, se la
echa por los hombros a Guada-
lupe, mientras ésta va saliendo
del brazo de Román y acompa-
ñada por Hércules. Dentro se
oye la orquesta.

TELÓN

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALEJANDRO REYES"
Cada. 1622 MONTERREY, MEXICO